



NUM. 4. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 25 DE ENERO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO. un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA. 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Desde nuestra última revista, ningún acontecimiento extraordinario ha venido á turbar la paz semi-octaviana que Europa disfruta. Fuera del hambre, del frío, de la miseria, de los presentimientos de guerras, y de algunas otras calamidades que afligen ó se teme que aflijan pronto á los pueblos, todo va á las mil maravillas

en esta parte del mundo. La diplomacia, dedicada á la agricultura, digámoslo así, se ocupa ahora en esparcir el grano sobre el campo de sus operaciones, ó en términos más técnicos, está haciendo la sementera: allá cuando el sol y las áuroras primaverales principien á animar con su poderoso influjo la vegetación, creen los inteligentes que han de brotar copiosos frutos, aunque, desgraciadamente, no de bendición. Hay un nudo gordiano que nadie acierta á desatar, y por eso es muy probable que se encomiende al hierro esta difícil operación.

De este modo se cortarían varias cosas, el nudo, la vida de millares de infelices y la prosperidad de los pueblos. No hablamos de otros cortes, pues sería cuento de nunca acabar.

Por una parte, en Italia, según despachos telegráficos repetidos, va en aumento la agitación en favor de las dinastías destronadas en Nápoles y Toscana, circulando há tiempo monedas con la efigie de Francisco II; por otra, se anuncia que Garibaldi, desde su

retiro de Caprera, escribe frecuentemente á sus amigos, diciéndoles que en la primavera próxima volverá á salir á campaña contra el gobierno pontificio. Añádese, que la situación de Sicilia es cada día más lastimosa, y que el gobierno de Florencia se halla dispuesto á declarar todo aquel territorio en estado de sitio.

Se ha dicho también que Italia va á ser dividida en tres grandes zonas para su gobierno interior, cuyas capitales, Florencia, Milán y Nápoles, serían respectivamente, residencia del rey Víctor Manuel, el príncipe Humberto, heredero de la corona, y el príncipe Amadeo, instalándose un Consejo de gobierno de cada uno de estos príncipes en las dos últimas capitales mencionadas.

Siguen aumentándose las fortificaciones en Civitavecchia, cuya plaza se presume ha de servir mucho tiempo de cuartel á las tropas francesas de ocupación, y el gobierno del vecino imperio ha comunicado las órdenes necesarias para que se armen lo más pronto posible las plazas de Tolón, Antives y Villafranca en la frontera de Italia.

Item.—Según telégramas, las relaciones entre Inglaterra y Prusia han empezado á agriarse; hé aquí un mal que tendría fácil remedio, si se quisiera: con echar un poco de azúcar á esas relaciones, quedarían más dulces que un jarabe.

Otro sí.—Las que existen entre Prusia y Austria son cada vez más tirantes.

Si todos estos síntomas no revelan que la paz de que hablábamos al principio de esta breve reseña, es semi-octaviana, venga Dios y véalo.

Parece que lord Elliot, embajador de Inglaterra en Constantinopla, insiste en un arreglo definitivo, y hasta aconseja que se erija la isla de Creta en principado.

El nuevo ministerio griego ha sido formado con el objeto de facilitar una solución diplomática.

El gran visir ha regresado á Constantinopla, de la provincia de Heraclea, poco satisfecho de su visita. Los jefes insurgentes, más obstinados que nunca, y mejor provistos de armas, se batían bajo los mismos muros de la Canea.

La miseria, unida á los rigores de la estación, hace en Londres numerosas víctimas, entre los moradores indigentes de algunos barrios. La caridad oficial distribuye socorros y arbitra recursos con que atender á tantas necesidades, pero no alcanza á todo, por cuyo

motivo la prensa redobla sus esfuerzos en favor de los pobres y exhorta el celo de las juntas parroquiales al mismo tiempo que á la caridad pública, nunca sorda, y menos en aquel pueblo, á la voz de la desgracia. Se ha renunciado á hacer en la misma capital la demostración anti-feniana que se estaba preparando, porque, según los periódicos del Reino Unido, esto hubiera sido dar demasiada importancia al fenianismo y sus agentes.

Habiéndose indicado en algunos periódicos franceses, la sospecha de que los ingleses tratan de establecerse de un modo permanente en Abisinia, el Times publica un artículo negando que tal proyecto exista, aunque, de paso, hace una pintura tan seductora de aquel país y de las ventajas de su colonización, que ciertamente desvirtúa las anteriores negativas. Allá veremos pues, como dice el refrán: para verdades el tiempo, y para justicia Dios.

Se ha decretado que el antiguo reino de Polonia se llame de hoy en adelante, provincia del Vístula. En los documentos oficiales, lo creemos; el mundo seguirá llamándolo Polonia á secas; en primer lugar, por la fuerza del derecho, que á veces es superior al derecho de la fuerza, en segundo por la fuerza de la costumbre, y en tercero por ser más breve y más propio el antiguo nombre que el último.

De real orden se dan las gracias al catedrático de la Universidad Central, don Juan Vilanova y Piera, por haber hecho donación al Museo Arqueológico nacional, de varios objetos para el estudio de las edades más remotas, y que forman una serie interesantísima de materiales de la industria primitiva del hombre, recogidos en varias localidades de la península, Francia y Suiza, en la excursión científica que el señor Vilanova verificó el verano último por su propio impulso y animado del deseo de introducir en España un estudio tan útil como nuevo entre nosotros.

El alcalde co-regidor de esta corte ha entregado á don Fermín Peralta un magnífico reloj de oro con cadena del mismo metal y el acta en que consta este acuerdo del municipio, para significarle de algún modo sus deseos de premiar ó recompensar, si premio ó recompensa cabe, la noble acción que llevó á cabo en el Retiro y de que ya tienen noticia los lectores de El Museo.

También el señor Mugica, el marinero que contribuyó con Peralta á salvar á los niños sumergidos en

el estanque, ha recibido de mano del director de Beneficencia, á nombre del señor ministro de la Gobernación, el título y condecoración de la cruz de Beneficencia, libre de gastos.

A medida que se van facilitando los medios de trasladarse de un punto á otro rápida y económicamente, crece la afición á los viajes. Los ingleses han tenido siempre esta laudable manía, sea por afición á la ciencia, sea por curarse el *spleen* que es, si podemos decirlo así, una de las enfermedades *nacionales* del Reino Unido. Ahora se prepara en Inglaterra una gran expedición científica á la India, para observar el eclipse de sol que ha de ocurrir este año y que en aquellas regiones ofrecerá extraordinario interés. Los astrónomos viajeros han elegido una estación situada en la cadena del Himalaya, elevada 2,333 metros, ó sea 7,000 pies ingleses sobre el nivel del mar. Es posible que desde aquella altura suelten un globo para acercarse un poco más á las estrellas, y observar mejor el eclipse, pues son gente que no se para en pelillos cuando se trata de cosas que merecen la pena.

Por más que se niegue, hay en España ansia de ilustrarse, y una prueba de ello es el número considerable de periódicos que ven la luz. Ultimamente, han principiado á publicarse algunos, á los cuales enviamos nuestro fraternal saludo. En Barcelona, Víctor Balaguer dirige *La Montaña de Montserrat*, con la colaboración de escritores bien conocidos; en Santa Cruz de Tenerife, han salido ya dos números de *El Museo Canario*, que redactan jóvenes entusiastas por la literatura patria, en cuya noble tarea son secundados por literatos de esta corte y provincias: en Zaragoza, *La Chispa* da á conocer el ingenio y el buen humor de otros jóvenes que se presentan en el campo armados con los dardos de la sátira, y en Valencia se abrirá pronto, al sol de la publicidad, *La Azucena*, flor que será cultivada con cariño por nacientes ingenios.

Ya principian á recorrer de noche las calles de esta corte comparsas de estudiantes, y en Capellanes y otros salones el Carnaval hace de las suyas.

Nuestra compatriota Elisa Villar de Volpini, ha obtenido lisonjeros triunfos en el teatro de San Petersburgo, sobre todo cantando el *Don Pasquale*. Una carta de aquella capital dice que, habiendo llegado á oídos del emperador el fanatismo que en el primero y segundo acto de la citada ópera estaba produciendo la distinguida cantante, mandó suspender la función hasta que él fuera, lo cual verificó pasada una hora. El entusiasmo entonces rayó á tal punto, que el público llamó á la escena doce veces á la Volpini con sus compañeros, y dos á ella sola, recibiendo al terminar la ópera, una especial felicitación del emperador, por conducto del general Gnedernoff y de su chambelán.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

CIENCIAS NATURALES.

LAS PREDICCIONES METEOROLÓGICAS.

La tradición conserva en las costas del mar y en las campiñas algunos refranes populares acerca de los cambios de tiempo y de los pronósticos atmosféricos. No pueden despreciarse absolutamente estas creencias, porque es raro que la ciencia al desarrollarse no pruebe su exactitud, aunque en general pequen por falta de precisión. Los refranes que son, según se dice, la sabiduría de las naciones, constituyen por lo regular todo el conocimiento científico de los marinos y de los labradores, que sin embargo, adquieren algunas veces una aptitud maravillosa para pronosticar el tiempo. ¿No parece que el hombre en relación diaria con los fenómenos de la naturaleza toma del animal esa preciosa cualidad que llamamos instinto, por no saber explicarla? Desgraciadamente, también los mismos que más hábiles son para observar los signos del tiempo se esplican mal los pronósticos á que obedecen, y son en su mayor parte incapaces de comunicar sus conocimientos á otros; tantos ó tan débiles son los caracteres meteorológicos que guían su instinto. Es inútil añadir, que no se puede fundar una ciencia en esta aptitud individual; el hombre sabio necesita conocer, no sólo los efectos, sino también las causas, y la certidumbre no puede existir para él, en tanto que los fenómenos no se encadenen en un orden conforme á las leyes naturales.

Entre estos principios vulgares, que no vacilamos en calificar de preocupaciones, uno de los más arraigados es sin duda alguna el que atribuye á la luna una influencia decisiva en las variaciones de tiempo. En vano Mr. Arago, inteligencia luminosa y sagaz, que se ha dedicado á vulgarizar entre la buena sociedad los conocimientos científicos más profundos, ha tocado con frecuencia esta cuestión para destruir el error. A pesar de todos sus argumentos, la influencia

de la luna sobre la atmósfera es aun causa de más de un pronóstico. Hace pocos años ha servido de base para una teoría completa de la lluvia y del buen tiempo, que ha hecho mucho ruido y ha preocupado la opinión pública en Francia y aun en algunos otros países, mucho más tiempo que hubieran podido hacerlo los descubrimientos más importantes. ¿Para qué sirve la luna? Tal es la cuestión que presentó Mr. Mathieu; ¿sirve para hacer las mareas con ayuda del sol? Si no sirve más que para esto, es bien poco para un astro que ocupa también su puesto en nuestro cielo. ¿Por qué tiene fases? debe hallarse deshabitada, en cuyo caso debe estar privada de vida y ser un mundo que nos pertenece, dependencia natural de nuestro dominio, del mismo modo que esas montañas inaccesibles cubiertas de nieves eternas, cuya utilidad no se conoce al principio, pero que esparcen la vida en nuestros llanos y en nuestros valles derramando en ellos los ríos y los arroyos. La luna debe ejercer una influencia preponderante sobre los vientos, sobre la temperatura, sobre los meteoros eléctricos y acuosos, en una palabra, sobre los fenómenos atmosféricos; debe influir en los vegetales, en los animales y hasta en el hombre mismo. Fuera de los cálculos y de las observaciones meteorológicas, la razón dice que la luna tiene un destino más estenso que el de concurrir á las mareas del Océano.

Desde luego puede objetarse á este sistema, que no es la razón, sino la imaginación la que asigna á la luna el papel que se la querria hacer representar sobre la superficie de la tierra. La razón necesita pruebas y no se satisface con una mera probabilidad. Conviene examinar las relaciones que puede haber entre los movimientos de la luna y los fenómenos atmosféricos. En cuanto á la influencia de la luna sobre el hombre y sobre los animales, no merece la pena de detenerse á refutarla.

La teoría de la lluvia y del buen tiempo tenía algo que seducía por su sencillez, y los pronósticos de Mr. Mathieu, anunciados con muchos meses de anticipación, alcanzaron toda la celebridad que eran capaces de darles diferentes periódicos; pero Mr. Leverrier se encargó de refutar oficialmente esta teoría meteorológica, y probó que lo que Mr. Mathieu atribuía á la influencia de las fases de la luna no era más que el resultado de la estremada variabilidad de la lluvia. Se dirá que negar la influencia de la luna sobre los fenómenos meteorológicos, es negar las mareas atmosféricas. La acción combinada del sol y de la luna que levanta periódicamente las olas del Océano ¿no tiene, pues, ninguna influencia sobre las masas de aire más móviles, ni sobre las nubes? ¿Por qué lo que es verdad respecto del flujo de la mar no lo sería respecto del flujo atmosférico? La respuesta es muy sencilla; así como las mareas del Océano no forman las corrientes marinas, del mismo modo las corrientes atmosféricas no forman los vientos. Todo es análogo en los dos océanos que cubren la tierra, el uno acuoso, que el marino tiene bajo sus pies, el otro gaseoso que está sobre su cabeza, y que no se diferencia del primero más que por lo ligero del fluido. La lluvia es para el uno lo que la evaporación para el otro. Los vientos corresponden á las corrientes. Descendiendo al fondo del mar, se encuentra la calma absoluta; elevándose en la atmósfera por encima de las nubes, por encima de las montañas, se encuentra también la calma, la inmovilidad, de modo que los dos elementos, el aire y el agua, que se tocan en casi la totalidad de nuestro globo, no pueden, al parecer, trastornarse más que por las reacciones que ejercen mutuamente uno sobre otro. En nuestro planeta, el dominio del hombre es la región de las tempestades, y es una ficción poética, que no carece de verdad, el colocar en la elevación de los cielos ó en los abismos de la tierra los lugares del reposo eterno.

Entre el cielo y la tierra, en la región que por decirlo así podemos tocar con el dedo, es donde se verifican todos los fenómenos meteorológicos; allí es también donde debemos buscar las causas que los hacen nacer y las leyes que los rigen. El motor principal en esta lucha incesante del aire y del agua, es el sol. El sol absorbe las aguas del mar para formar nubes, y gasta en este trabajo cotidiano una fuerza equivalente á la de muchos centenares de millones de caballos. El sol, que crea las nubes, crea también los vientos, porque calienta de un modo desigual los diferentes lados del globo, y después entrega las nubes á los vientos. Entonces interviene la rotación de la tierra, que aparta los vientos de su dirección primitiva; pero si estas dos causas, el sol y la rotación de la tierra, procedieran solas, los fenómenos meteorológicos serían sencillos y uniformes. Observáramos en toda la superficie de la tierra esta regularidad de movimientos que hace que en las grandes superficies planas del Océano los vientos alisios y los monzones soplen de un modo regular en cada estación del año; pero no sucede así. Las cadenas de montañas modifican ya de un modo grave la dirección de los vientos y la marcha de las nubes; después, en la superficie de los continentes y de los mares, estos meteoros encuentran otras causas de perturbación en número casi infinito, que varían en cada localidad y con frecuencia

también de un año á otro. Los inmensos campos de hielo de los dos polos que avanzan poco á poco hacia las aguas templadas del Ecuador arrastrados por las corrientes marinas, son los que enfrían más ó menos, según su variable extensión, los vientos del Oeste que nos vienen de América. El *gulf-stream*, corriente de agua templada, también calienta á estos mismos vientos, y es el que, según los años, sube al Norte ó desciende al Sur. Las mismas nubes que, más ó menos opacas, quitan ó dan á la tierra el calor solar, detienen ó retardan la evaporación. La desecación de un lago, el desmonte de un bosque bastan para variar el clima de un país, es decir, la temperatura media que reina en él, al propio tiempo que la cantidad de lluvia que recibe y los vientos que soplan. Se ha sostenido también que los cañonazos, que producen una poderosa impulsión en el aire que está próximo, atraen ó alejan las nubes y las tempestades. Todo obra sobre la atmósfera del mismo modo que la atmósfera obra sobre todo; la atmósfera podría considerarse como tipo de la movilidad, con más razón que las olas. No hay problema más difícil que el de prever sus movimientos. Para apreciar cuán limitada es nuestra inteligencia en el campo de las previsiones, basta considerar que el sistema solar comprende apenas una docena de grandes masas aisladas unas de otras, las cuales ejercen entre sí una influencia recíproca que sigue una ley muy simple, y sin embargo, desde hace ciento cincuenta años que Newton descubrió la ley de la atracción universal, los astrónomos no han logrado aun esplicar todos los movimientos de estas masas, ni prever con exactitud todos los efectos que se producen en un mundo tan simple. Por tanto, el que crea que puede pronosticar el tiempo como puede predecir la salida y la puesta de los astros, se equivoca completamente, porque las perturbaciones accidentales que sería imposible predecir, representan un papel demasiado importante para que se pueda hacer omisión de ellas.

En una palabra, podemos afirmar, bajo la fe de los hombres más competentes y más sabios que se han ocupado de la meteorología, que jamás será posible saber con mucha anticipación lo que serán, en un lugar dado, la temperatura de cada mes, las cantidades de lluvia comparadas al término medio habitual, y los vientos reinantes. Mas aun, todas las investigaciones de este género son ilusorias y poco dignas de ocupar los espíritus grandes. ¿Será esto decir que la meteorología es inútil y que no puede suministrar indicaciones preciosas al viajero y al agricultor? No; de ningún modo; en un círculo más limitado, tiene sus ventajas; gana en precisión, como todas las ciencias, á medida que acorta el campo de sus observaciones.

A.

GEOGRAFIA Y VIAJES.

FILIPINAS.

(CONTINUACION.)

El *tulisan* de Filipinas es un héroe cuyo título se ha desnaturalizado tanto, que los *ladrones* han adquirido derecho á llevarlo. La pasmosa fertilidad del suelo filipino, que en todas partes ofrece ópimos frutos, desarrolla, á no dudarlo, en algunas clases la tendencia á ser poco escrupulosas en apropiarse lo ajeno sin gran malicia. Con efecto, el ser racional que desde la niñez ha contraído el hábito de disfrutar de la mayor parte de los objetos que le rodean, bastándole alzar la mano para saborear la exquisita *manga* y el dulce y aromático *plátano*, apagando su sed con la deliciosa agua del *cco*, y buscando la defensa de los ardorosos rayos de un sol de fuego bajo el humilde y algun tanto fresco techo de una casa de nipa, no se resigna de buen grado á privarse en las ciudades de mil objetos de escaso valor.

Al *tulisan* verdadero, nada delata por la vía legal. Sus costumbres no se diferencian de las del resto de sus convecinos: tiene su campo y labra; tiene su *banca* y pesca; los domingos asiste engalanado con su mejor traje á los oficios divinos, y llena aparentemente todos sus deberes religiosos y civiles; pero recibe una simple invitación, y en dos horas de camino se halla reunido con 50 ó 100 camaradas de largos y negros cabellos, esparcidos sobre los rostros, á guisa de careta y empuñando el tajante *campilan* ó la bien aguzada lanza, sustraída acaso por aquella noche del *tribunal*, donde se deben custodiar las armas de los *cuadrilleros*. Después que dan el golpe, se disuelve la asamblea.

Otro de los entes originales que hacen papel en Filipinas, es la *Partera* india, que los indígenas llaman *Hilot*. Esta comadrona se improvisa como sucede con los cocheros, los cocineros, y los mediquillos, de los que nos ocuparemos más adelante, y con casi todos los maestros de artes y oficios. El aprendizaje es nulo ó casi nulo; á lo sumo, los únicos títulos que acreditan á dichas parteras, son la herencia, la tradición ó la edad; pero generalmente, es el lucro lo que las da osadía bastante para dedicarse á esta profesión, ejerciéndola con la impavidez y aplomo que origina la más

completa ignorancia. La *Hilot* no conoce, por supuesto, la contestura de las partes y órganos que concurren al desempeño de las diversas funciones de la reproducción en la mujer; sólo posee ideas confusas respecto de las anomalías que pueden presentarse. Con tan marcada ignorancia, no tienen otro recurso que confiar en la Providencia las madres y las criaturas entregadas en manos de tales mujeres. Asusta y conmueve el ver cómo las más groseras preocupaciones hacen que el arte contrarie y destruya la bondad de la naturaleza. ¡Cuántos pobres jóvenes quedan injustamente inútiles y achacosos para toda su vida! ¡Cuánta criatura perece en el claustro materno ó se arruina su buena complexión al nacer!

La partera, cuando asiste á una india ó mestiza, se constituye de lleno en el ejercicio de su industria: representa el papel de médico, cirujano y boticario. Prepara por sí misma media docena de breves con otras tantas unturas que se administran y se aplican irremisiblemente, convenga ó no convenga. ¿Dónde aprendieron la confección de estos medicamentos? Es de difícil averiguación; baste decir para que se comprenda la filosófica aplicación de ellos, que rara vez falta el aceite, el cual se administra en bebida con el objeto de que vaya á suavizar el interior y quede el cuerpo corriente como una máquina. Sujetan á la paciente á un penoso martirio de frías y estrujamientos para favorecer (dicen) á la naturaleza... ¡Y pobre de ella si se resiste á tales prescripciones! Entonces se la aterroriza con la relación detallada de casos funestos que ha visto la operadora, porque no se siguieron sus consejos. Terminado el alumbramiento después de tanto sufrir, entra la parte de farándula, que saben desempeñar á las mil maravillas. Con su cigarro en la boca, arrellanada en el suelo, y entretenida en rascarse los pies, cuenta con el mayor descaro, los mil peligros de que ha salvado á la puerpera, gracias á su larga práctica, y nunca desiste de sobar á la madre y al hijo, interin no trascurren los cuarenta días.

El *Mediquillo* es una calamidad india con que el Sér Supremo quiso afligir á los que viven en la venturosa tierra filipina, aparte de los váguinos, truenos y temblores. Es propiamente un *curandero*, nacido para hacer morir á muchos y para bien y provecho de sí sólo. Cuando después de algunos días de descanso en el petate, de inapetencia y malestar, se decide un indio á creer que está enfermo, ya ha recibido á todas las gentes de la vecindad en visita alrededor de su lecho, y oído las diversas opiniones de las comadres sobre lo que podría ser bueno para su mal, que ninguna sabe. La familia de la casa, atendiendo á las faenas ordinarias y al cumplimiento con las visitas, tiene poco tiempo para atender al postrado; pero al ver que éste no come con el apetito de costumbre, se alarma algún tanto; y al fin, continuando aquel mal síntoma, (el no comer,) se decide á buscar al *Mediquillo*. Aparece éste, y después de un saludo de medias palabras, aceptando el indispensable buyo y cigarrillo, rodeado de los chiquillos de la casa y vecindad, se instala en cuecillas nuestro profesor al lado del paciente, le palpa sobre la ropa los brazos y piernas, le toca la frente, endereza luego su persona, escupe por algún agujero, se suena la nariz con la mano, y dice: *no es nada!* Al oír esta palabra, se animan todos los espectadores, y aun el moribundo empieza á creerse menos malo. Búscanle silla al doctor, ó se sienta en un *lancape*, donde á poco es acometido con la taza del chocolate, y mientras da cuenta de ella, va correspondiendo con inclinaciones de cabeza á los que su venida ha traído al lado del enfermo. Las noticias adquiridas de la vieja, la fisonomía de la casa, el pelaje de las gentes, el chocolate que ha sorbido y el tabaco que le han dado, son los signos que consulta el curandero para el diagnóstico de la enfermedad. Si el conjunto de todo aquello le satisface, el *no es nada*, llega á ser algo que hace necesaria su asistencia y presencia en la casa, donde se instala desde entonces. Se acerca otra vez al enfermo, le ase por las muñecas, donde ha oído está el pulso, pregúntale si le duele la *intraña* ó *qué cosa*, le da algunos apretones en el vientre, nuevos pases y sobas en las piernas y brazos, y al fin, para llenar la primera indicación contra el *viento malo*, dispone que liguen ó aten fuertemente con *buri* los pulgares de pies y manos, los brazos y muslos del pobre enfermo, que experimenta el alivio de que efectivamente ya no le duele tanto lo que le dolía, porque le duelen otras cosas: con esto y unos polvos desconocidos que hace tomar al paciente, ya queda terminada, por aquel día, su obra. Mientras se procura un rato de distracción al *panguiní* ó *pares-pares*, que con tal objeto han armado los de la casa y allegados, no pierde sílabas de lo que conversan los visitantes. También tiene especial cuidado el *Mediquillo* en no dar la cara ó hacerse presente, cuando entre los que están allí, observa á alguno que calza más puntos que él en materias médicas, sobre todo si no es colega, que entre ellos ya se entienden, y si ya por lo apurado del caso hay necesidad de los auxilios del párroco, y éste es *castila*, se hace todo oídos para prohibir y dar luego como suyos los remedios que más ó menos acertados, pero racionales, aconseja á la familia el médico del alma, y muchas veces del cuerpo. Cuando aquella es acomoda-

da y tiene el párroco bastante elocuencia para persuadirla á que, vista la gravedad del caso y la insuficiencia de los remedios empleados, llame á un profesor europeo, no deja de haber cierta sublevarción de espíritu en el médico de casa; pero muy luego aquellos malos movimientos ceden su puesto á los de humildad y resignación, en virtud de los que, aun sin ser invitado, no duda en aceptar el papel de practicante al lado del *médico castila*. En general, sólo cuando por un medio sobrenatural puede salvarse el enfermo en los *casos desesperados*, es cuando apela el indio á la verdadera ciencia: todas las luces y recursos de ésta no alcanzan muchas veces á sacar airoso al mas entendido profesor, no siendo uno de los menores escollos y dificultades con que tiene que luchar, el modo de comportarse con el convertido en su *ayudante*. Pocas veces se da por ofendido el *Mediquillo*, si alguno de su colegio se interesa en la curación y le suplanta: se avienen fácilmente, si hay para todos, á continuar ambos en el tratamiento de un *caso*, hasta que al fin, yendo y viniendo días, y pasando meses, ó la enfermedad se marcha y el enfermo sana, ó Dios dispone otra cosa, de cuyos dos eventos depende la despedida del médico. No sale, sin embargo, de la casa hasta pasada la *función* del duelo, pues además del ajuste de cuentas, sabe muy bien lo recomendable que es el orar por los vivos y por los muertos, y nadie está aña su presencia al saber la parte que ha tenido en la curación.

(Se continuará.)

BERNABÉ ESPAÑA.

COSTUMBRES POPULARES.

LOS TRES TOMS EN BARCELONA.

La fiesta del 17 de enero, lo mismo en Barcelona que en Madrid, y en otras ciudades y lugares de España, consiste principalmente en la bendición de animales, cuya tutela, de tiempo inmemorial, se halla conferida á San Anton.

Los religiosos de esta orden poseían en el extremo del arrabal su casa é iglesia, obra ésta del siglo XIV, con un bello átrio de tres grandes ojivas, que felizmente permanece, al cuidado de los padres Escolapios.

Sito junto á una salida de la ciudad, los caleseros, carromateros y tratantes en caballerías, forman su mayor vecindario, por lo que viene á hallarse en su centro natural, cuando los parroquianos antedichos, considerablemente aumentados con gran muchedumbre de similares del interior y del exterior, acuden en la mañana del indicado día para dar sus tres carreras ó vueltas (*toms*), mientras el sacerdote desle aquel gótico vestíbulo les echa la bendición.

Al través de largos puestos de feria, puestos de varias frutas, avellanas, nueces, etc., en medio de una concurrencia numerosa, donde no faltan las garridas menestras del barrio y otras beldades de mayor cuturno, luce tumultuosamente su garbo aquella caballería heterogénea, notable así por la disparidad de monturas, como por la variedad de ginetes, desde el rumboso arriero hasta el maleante gitano.

En otros días, los gremios de alquiladores de mulas, carreteros de mar y tragineros de la *biga*, formaban dos brillantes cabalgatas que, con seguimiento de música y aficionados allegadizos, izada la bandera gremial, y recibida la religiosa lustración, paseaban en solemne marcha las principales calles, yendo á saludar á sus mayores y á las autoridades superiores de la localidad.

Suprimidos los gremios, sale aun, cuando hay humor y recursos, alguna comitiva improvisada, con pendón y todo, que se encarga de mantener la tradición, sino por espíritu de cuerpo, por jactancia de clase, la cual, entre paréntesis, dista mucha de andar en postergación.

Dígalo sino el lujo con que suelen presentarse, rizado el cabello, enguantada la mano, charolada la bota, luciendo ricas cadenas y botonaduras, vistiendo de rigurosa etiqueta y á la última moda, sin faltarles para semejar cumplidos caballeros, mas que dos faldoles en el chaquetín.

Al compás de la música que les antecede ó les sigue, gallardéanse con petulancia sobre briosos corceles, que á su vez caracolean bajo sus jaeces y mantillas, adornadas las crines de cintas y trenzas, las colas de moñas, ramilletes y acaso sortijas de valor, y la cabeza de penachos que se mecen en incansante undulación. El abanderado y los cordonistas suelen llevar en la mano ricos pañuelos de encaje, y casi todos los cabalgantes llevan embrazado un lío de dulces, ó un enorme roscon de circunstancias, que después se consumirá en familia ó en un banquete procomunal, obligado de toda fiesta, sin contar el baile con que por la noche suele terminar.

El vulgo se ríe un poco de estas extravagancias; pero ve con gusto mantenerse una costumbre, que al fin y al cabo, como otras populares, tiene mucho de

inocente, mucho de característico, y cuando menos proporciona un espectáculo gratis, los que siempre tuvieron aceptación en ciudades populosas, donde es crecido el linaje de los zánganos y los sándios. De esta fiesta acompaña un grabado al presente número de EL MUSEO.

J. PUIGGARI.

TIPOS MADRILEÑOS.

LA TIA MALICANA.

I.

Apenas había el rubicundo Apolo tendido sobre la faz de la tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado la venida de la aurora, que por los balcones del Oriente se asomaba, cuando la tía Malicana, no bien comenzaban á ser los últimos días de octubre ó los primeros de noviembre, aparecía todos los años en la plaza Mayor de Madrid.

¿Pero quién era la tía Malicana?

¡Oh! Dios es Dios, dice la Biblia. La Salamandra es la Salamandra, dice Eugenio Sue. Yo digo: la tía Malicana es la tía Malicana;

Porque no sé quién es y sé muy poco lo que es.

A mí me parece que la tía Malicana debe ser una mujer, en atención á que lleva á la cabeza un pañuelo de yerbas, otro de muleton ceñido al cuerpo, y una falda de percal *antique*. Sus facciones están sin acabar, como las de las niñas del hospicio; de suerte, que no proporcionan indicios claros respecto á su sexo y edad.

Lo mismo puede tener quince que sesenta años.

Por lo demás, la tía Malicana sería alta, si pudiese enderezar la columna vertebral, y hasta gallarda, á no tener tan saliente el homóplato izquierdo. Anda de un modo particular: se asemeja á un pájaro al que han quebrado un ala.

Como he dicho en el elegante y rotundo período con que comienzo este artículo, á principios de invierno, algunos minutos después de salir el sol (cuando salía) se presentaba la tía Malicana en la Plaza Mayor, con una cesta colgada del brazo izquierdo, y gritando esta frase singular:

¡A *chavito malicanas!*

Mis lectores habrán comprendido que á *chavito*, quiere decir, á *ochavito*, diminutivo de *ochavo*; pero la palabra *malicanas*, ¿qué es, á qué lengua ó dialecto pertenece? Aun suponiéndola adulterada, ¿qué quiere significar?

Registremos la cesta de la tía Malicana.

Allá en el fondo, sobre un papel casi blanco, aparecen en montones, unos objetos indefinibles, informes, casi inverosímiles, que parecen el engendro de un pastel y de una torta, bañados de un color amarillento, y que se asemejan á una estrella contrahecha, ó mas bien al pulpo, descrito por Víctor Hugo con las antenas estendidas.

¿De qué materias están confeccionados? Nadie lo sabe: del mismo modo que los confiteros de Madrid, según un viajero francés, poseen un secreto especial para hacer azucarillos, así la tía Malicana guarda el secreto de su maravillosa mercancía.

¿A qué saben las malicanas? ¡Oh! preguntádselo á los chicos de la Plaza Mayor y sus inmediaciones.

¿Por qué se llaman malicanas? Yo supongo que la vendedora las ha impuesto su nombre; pues aunque un gorrero de la Plaza me ha dicho que *malicana*, quiere decir *americana*, y yo hallaba admisible esta etimología, después he descubierto razones en contra.

Algunas veces, cuando la tía Malicana se sentaba en uno de los bancos de la Plaza, yo desde el inmediato la observaba con curioso asombro. Entonces, si algún chicuelo la jugaba alguna mala pasada, como por ejemplo, intentar derribar la cesta, ó darla un majuelazo, oía á la tía increparlo con estas palabras:

—¡Moloso, moloso!

En un principio creí que quería decir *goloso*, estropeando la palabra como lo había hecho con la de *americana*; mas posteriormente un incidente casual me ha anegado en un mar de suposiciones.

En un baratillo de libros encontré el tomo segundo de una obra, que ignoro cuál sea, cuyo tercer capítulo tiene el siguiente epígrafe:

El rey de los molosos, Pirro, sacrifica á Minerva las armas del rey Malicano y de los intrépidos gaulas, que él venció.

Ahora bien, ¿descenderá la tía Malicana del rey vencido por Pirro, y la palabra *moloso*, con que ella desahoga su cólera, será un dicitario tradicional?

¿Quién sabe! Por Sevilla vaga un francés desca- misado que pretende descender de Carlo-Magno.

II.

Durante el verano, la tía Malicana desaparece...

Pero entendámonos—dirá el lector,—la tía Malicana aparecía, la tía Malicana desaparece, ¿habla



COSTUMBRES POPULARES.—LOS TRES TOMS, EN BARCELONA.

usted en pasado ó en presente? ¡Cómo se conoce que no es usted académico de la lengua!

Benévolo lector, un poco de paciencia.

Cuando las primeras margaritas matizan los campos, cuando los diestros taurinos, como diría el tío Cándido, mandan repasar y zurzir sus capotes de torear, cuando la cigüeña de la torre de San Andrés vuelve á su nido, cuando las primeras golondrinas...

Iba á cometer una inexactitud, porque las golondrinas ya no tienen la amabilidad de visitarnos, con gran

asombro de los hombres de ciencia, que no saben á qué causas atribuir tan extraño fenómeno.

Esto me recuerda un libro, que leí de niño, y que me produjo una viva impresión: era un tratado sobre el Antecristo, cuyo autor he olvidado, y en el cual, entre otros signos infalibles para conocer la época del nacimiento del precursor de aquel, se refería á la desaparición de las golondrinas.

Y esto me recuerda también la tontería de un amigo mío, enemigo, quizá envidioso, de la poesía labe-

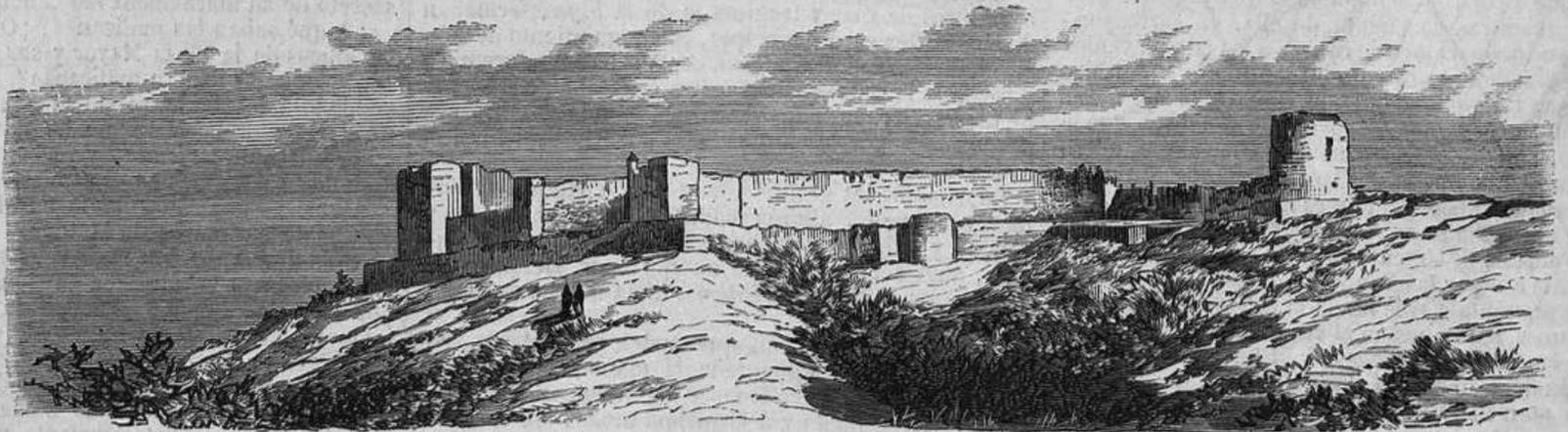
ríntica, el cual supone que el señor Estrada es el precursor del Antecristo.

Continuemos.

Cuando viene la primavera, se va la tía Malicana.

Tal vez no quiere confundirse con la plebe de los animales que permanecen aletargados durante el invierno y reviven en la estación de las flores; acaso la misteriosa pasta de que están hechas las malicanas, no sea digerible mas que en el rigor del frío.

El gorrero, de que ya he hecho mención, asegura



ALREDEDORES DE MÁLAGA.—CASTILLO DE GIBRALFARO.

que la tía Malicana se va á veranear á la Virgen del Puerto.

Por mi parte, no sé nada; para mí la tía Malicana es una esfinge en chancas.

Lo cierto es, que desaparece, hasta que los muchachos de la plaza, y los majueleros, y los barquilleros y las vendedoras de pañuelos y cintas, pasados algunos meses, dicen casi en coro:

«Ya ha vuelto la tía Malina; pronto tendremos frío!»

III.

¡Qué feliz era la tía Malicana, cuando despues de dar dos vueltas de picadero alrededor de la plaza, pre-

gonando su maravillosa mercancía, se sentaba junto á un poste, si hacia mal tiempo, ó se bañaba de sol en un banco del jardín!

Los chicos acudían como moscas, menudeaban los *chavitos* y las malicanas desaparecían de la cesta.

¡Otra singularidad! á cada una de estas que vendía, la tía Malicana prorumpía en esta frase musical:

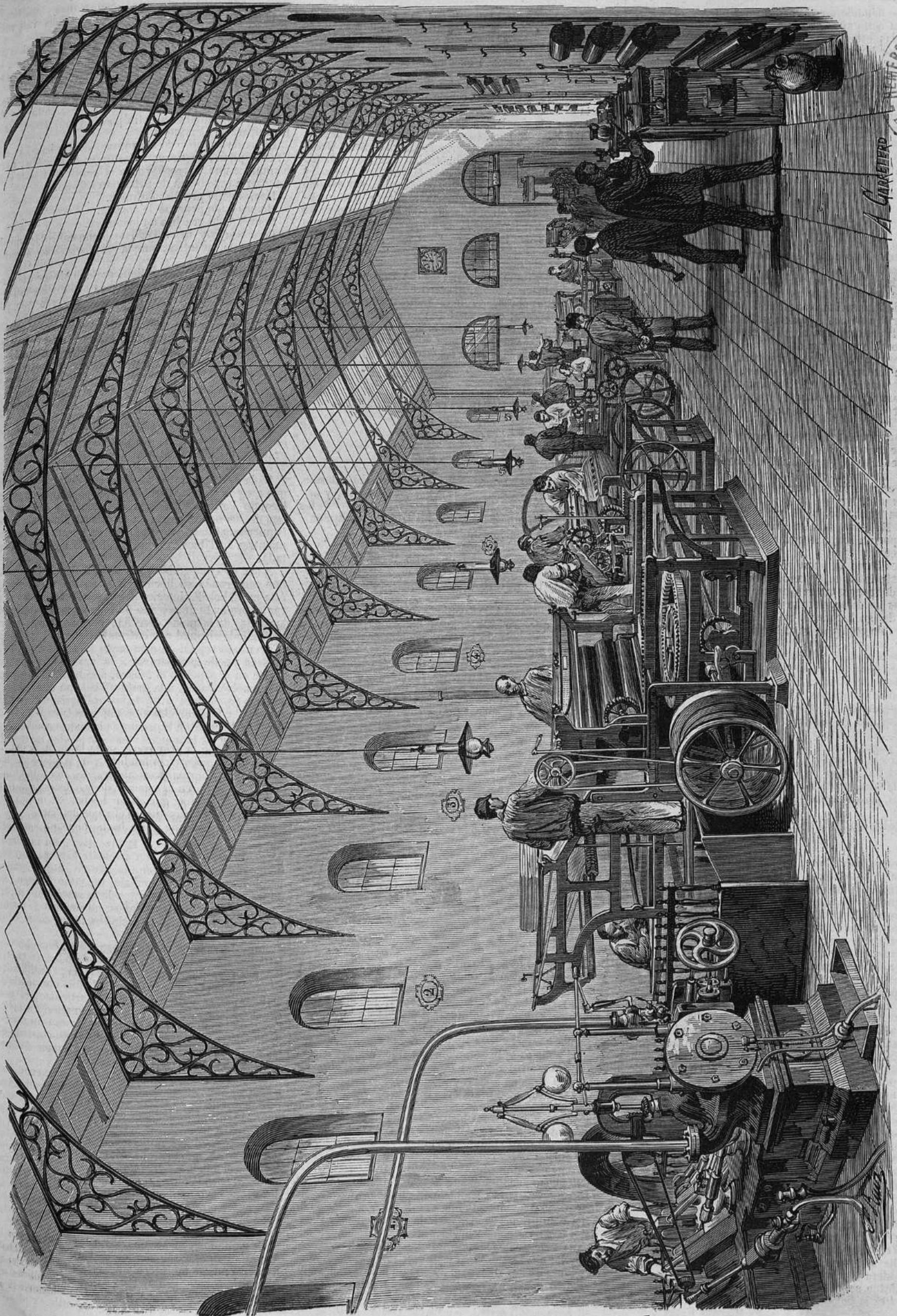
Do-re-mi-fa-so-la-si-si-la-sol-fa-mi-re-do.
Sabe música ¡gran Dios! ¿si efectivamente será de buena familia?

Así pasaba la tía Malicana su dichosa existencia, aclimatada en la plaza Mayor como una flor en un invernáculo.

Mas ¡ay! la dicha mundana
Es de corta duracion:
Flor fue la tía Malicana
Que con su furia tirana
Secó don Pantaleon.

IV.

Don Pantaleon tiene una tienda de ropería en la Plaza Mayor, es rico, hombre de bien á carta cabal, ha sido concejal dos veces y lo será la tercera cuando su partido suba al poder. Está casado con una señora llena de gracias y de virtudes, y Dios ha bendecido su



A. GARRERD

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE GASPAR Y ROIG.—SALON DE MAQUINAS.

lálamo dándole un vástago masculino, que á la sazón cuenta ocho años de edad.

Todas estas cosas reunidas hacen de don Pantaleon un hombre importante, y aunque su almacén está situado en la parte del Norte, su influencia se estiende mas allá de la del Sur.

Es el Bismarck de la Plaza Mayor.

Sucedió, pues, que una mañana, al hacer un pago el digno ropero, dejése olvidada sobre el mostrador una moneda de dos reales. Su hijo, que se hallaba próximo, vióla al mismo tiempo que pasaba la tia Malicana gritando:

—¡A chavito malicanas!

La tentación era grande; aquella crisálida de ropero no pudo resistirla, y tomando la moneda, deslízose fuera de la tienda, culebreó por entre los postes de piedra para sustraerse á las miradas paternales, llegó junto á la vendedora, compró seis malicanas y se las comió con cierta voluptuosidad mezclada de remordimientos, los cuales aumentaron la voluptuosidad.

Aquel día era festivo, y como el chico no tenia que ir á la escuela, se entretuvo en hacer salidas de la tienda, engulléndose de vez en cuando dos ó tres de aquellos maravillosos pasteles.

Por lo visto, el hijo de don Pantaleon era un águila para las malicanas: en poco mas de una hora se habia comido treinta y dos.

Eliogábalo, el gloton emperador romano, se almorzó un día un gamo de los Alpes, dos cabritillos de los campos de Bayas, cuatro pichones de Otranto, dos docenas de murenas del estanque del Tiber, una de lampreas del lago Trasimeno y una ensalada de colibrís.

Comprendemos este refrigerio imperial; ¡pero comerse treinta y dos malicanas, qué horror!

Y es el caso, que el insaciable roperito iba ya á emplear un cuarto que le quedaba en engullirse otras dos, cuando le sorprendió su padre con la masa en las manos.

Don Pantaleon lanzó una mirada de indignación á la tia Malicana, otra de severidad á su hijo, y cogiéndole por un brazo le encerró en la trastienda de su almacén.

Tres horas despues, el chico, no pudiendo digerir la pasta de las malicanas, estaba á la muerte, y en la casa del ropero no se oían mas que ayes y exclamaciones de dolor, porque exasperado con la enfermedad de su heredero, reñía á sus dependientes, los cuales de coraje se rascaban los sabañones hasta hacerse sangre, increpaba á su esposa por lo mal que criaba á su hijo, y la pobre señora, que aunque ropera, era sensible, como educada con las novelas de la condesa de Genlis, lloraba á lágrima viva, y para colmo de desgracias, á fuerza de llorar, al día siguiente enfermó de los ojos; y como este mal es tan contagioso, se le pegó al mancebo mayor y éste á la criada, de suerte que don Pantaleon no se daba mano á pagar recetas y aquella casa se convirtió en una sucursal del hospital general.

Por fin, con la mejoría del vástago roperil, volvió á ella la tranquilidad; pero el indignado comerciante en paños, juró vengarse de la causante de tantos sinsabores.

¡Pobre tia Malicana!

V.

Desgraciadamente, habiendo llegado á conocimiento de ésta la cólera de don Pantaleon, no volvió á presentarse en la Plaza, y digo desgraciadamente, porque mas la valiera haberla arrostrado, que sufrir las consecuencias de su ostracismo.

Porque la tia Malicana no puede vivir ni física ni moralmente sin la Plaza Mayor.

Ayer mismo, ignorante de lo ocurrido, la busqué por todo su recinto, hasta que el gorrero de quien ya he hablado, me contó la lamentable historia, y al bajar por la calle del 7 de Julio, vi á la tia Malicana, que inmóvil, lanzaba miradas estraviadas hácia la Plaza, pero sin atreverse á entrar en ella.

La pobre mujer cree ver en todas partes la amenazadora fisonomía del ropero, y anda vagando por aquellos contornos, como las sombras por las riberas de la Estigia, ó como yo por delante de la puerta de la Academia de la lengua. Las malicanas están en baja; ya no se venden, bien sea por falta de esmero en su confección, ó bien porque los muchachos (primeros consumidores) las han olvidado por las castañas cocidas y por las majuelas con su correspondiente canuto para dejar tuertos á los transeuntes.

¡Ah, la venganza es el placer de los dioses y de los roperos!

¡Pobre tia Malicana!

VI.

Voy á concluir aconsejando á mis lectores, que los que no la tengan, se proporcionen inmediatamente una renta de seis mil duros por lo menos, á fin de sobrellevar los rigores de la estación, que amenaza ser duradera, porque este año, segun noticias, la tia Malicana se ha dejado ver muy pronto y la tia Malicana es la golondrina del invierno.

F. MORENO GODIN.

ALREDEDORES DE MALAGA.

CASTILLO DE GIBRALFARO.

Damos en este número otra de las viñetas correspondientes á los alrededores de Málaga, la cual representa el castillo de Gibralfaro, tan antiguo, segun se cree, como la fundación de la ciudad. Hállase situado hácia el E. de Málaga, sobre una escarpada eminencia, desde la cual se domina á grande altura el mar. Créese, asimismo, que fue construido por una colonia griega, como parece indicarlo la palabra *Pharo*, y sirvió con su luz de guia á los navegantes, por espacio de siglos, y para la descubierta de piratas que infestaban las costas: con el trascurso del tiempo, sufrió los deterioros consiguientes, habiendo sido reedificado varias veces por los árabes y en épocas posteriores, para mejor asegurar la defensa y custodia de la población.

La fortaleza que nos ocupa estaba rodeada de torreones, baluartes, fosos, gruesos muros almenados y otras muchas obras, que hacian sumamente difícil su entrada y acceso, de lo cual aun dan claro testimonio las que se conservan, aumentadas en épocas mas inmediatas á la nuestra y aun en nuestros días, con cuantas han ido exigiendo las circunstancias.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

IE

GASPAR Y ROIG.

SALON DE MÁQUINAS.

En el último número de EL MUSEO del año anterior, dimos la vista exterior de este establecimiento, y habiendo ofrecido dar alguna del interior, hoy verán los suscritores el que representa el salon de máquinas, en donde se imprime nuestro periódico.

La máquina destinada á este uso pertenece á la fundición de Koenig et Bauer, de Würzburg (Alemania). El fundador de esta casa fue, asimismo, el inventor de la máquina de imprimir, padre de los actuales dueños.

El establecimiento de Koenig et Bauer, es indudablemente el que produce mejores máquinas, asi por la solidez y elegancia de la construcción, como por corresponder en todo á los últimos adelantos. Asi lo comprendió el jurado en la Exposición Universal de París, al premiar con la medalla de primera clase los modelos de dicho establecimiento y particularmente una máquina perfectamente concluida para tirar á la vez dos colores, que vimos funcionar de una manera tan precisa y exacta, que no podia desearse mas. El premio, pues, fue merecidísimo.

Los suscritores á EL MUSEO pueden, si gustan, segun ya les indicamos, visitar el salon de nuestro establecimiento donde funciona la máquina que lo imprime, y que generalmente es la que se halla en primer término, la cual tiene movimiento circular y es la segunda ó tercera de igual tamaño que salió de la acreditada fundición de Koenig et Bauer.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

MATAR EL TIEMPO (1).

I.

Los españoles somos muy valientes.

Nuestra historia se remonta allá á los tiempos anticristianos, á la edad semi-mitológica en que los fenicios, los cartagineses y los romanos, los invencibles romanos, el garrote de nuestros primeros padres.

Progresamos despues y fuimos pueblos temidos de aquellos hombres cuya ocupación era la guerra.

Los fenicios se hicieron amigos nuestros, los cartagineses nuestros aliados; ¿qué extraño es que al llegar el águila romana á nuestras regiones, abatiera algun tanto el vuelo de sus alas?

No quiero recordar los denigrantes calificativos con que nos designaron los historiadores romanos al narrar los desastres de sus legiones. Habitados estamos á oír á cualquier alumno de filosofía empezando á contar aquellas guerras:

—«El indómito cántabro...»

No es tampoco mi objeto describir pueblos *aborígenes*; mi propósito es simplemente afirmar que el primer español fue un valiente.

La historia nos ha demostrado que los demás españoles han sido como el primero.

No existe pueblo alguno que los españoles no hayan vencido; sus armas se estendieron por todo el haz de la tierra: en sus dominios no se ponía nunca el sol.

España fue una cárcel general de prisioneros de

(1) Novela inédita, perteneciente á la colección titulada *Mis amores*.

guerra europeos y africanos, americanos y asiáticos. Conste, pues, que somos valientes: mas valientes que ningun otro pueblo.

Al valor de nuestras armas se unió la elevación de nuestras ideas, la sabiduría de nuestros talentos, la fecunda imaginación de nuestros poetas, el arriesgado atrevimiento de nuestras empresas.

Célebre en el mundo fue la universidad de Salamanca. Vasta la aspiración de los Reyes Católicos y de Carlos V. Inimitable nuestra poesía y nuestro teatro. Incomparable Cervantes.

Llena de asombro lo gigantesco de las hazañas del Gran Capitan, de Hernán Cortés y de Pizarro, pero enmudece uno de respeto ante el genio de Colón y la temeraria expedición de Sebastián Elcano.

Hemos dado pruebas de valor.

Hemos dado pruebas de ciencia.

Hemos dado pruebas de inventiva.

Pero aun hay mas. Todo lo dicho es un grano de anís ante la inventiva, ante la sabiduría, ante el valor nuestro.

El tiempo, ese gran testigo, ese demoleedor universal, ese espectador de todos los acontecimientos y cambios, nos da una prueba inconcusa de lo que podemos los españoles.

Hemos puesto el tiempo á contribución.

Nuestro heroísmo, nuestra abnegación, nuestro talento nos han llevado hasta saber *perder el tiempo*.

Nuestra inventiva, nuestra inspiración hasta *hacer tiempo*.

Nuestro indómito valor á *matar el tiempo*.

II.

Hay españoles, sin embargo, que han sustituido á estas tres frases otra que nos trajo uno de nuestros grandes descubrimientos.

Echar un cigarro.

Nada es comparable al fumador de nuestra tierra que saca de la petaca su librito de papel de hilo, y colocándolo entre los dedos índice, anular y del corazón una de sus hojas, vierte en la misma ahuecada mano izquierda el tabaco sacado de la susodicha petaca, mientras los labios sostienen el librito sin la hoja cortada.

Nada es comparable á la satisfacción del fumador que encerrando su librito en la petaca y guardando ésta en el bolsillo interior del gaban, empieza á triturar el producto americano ó filipino con las yemas de los dedos de la mano derecha, y acaba por hacer un molinillo horizontal con entrambas manos hasta dejar el prensado vegetal desmenuzado á su gusto.

Nada puede compararse á la parsimonia con que vierte en el papelillo el tabaco, á la habilidad con que lo envuelve en él, á la naturalidad con que coloca el cigarro en su boca á un lado, ordinariamente el izquierdo, y á la cachaza con que saca la caja de fósforos ó se dirige á un transeunte pidiéndole candela.

Describir las luminosas ideas que acuden en tropel á su imaginación, fuera una empresa demasiado gigantesca; el hombre con el cigarro en la boca es mas soberbio que el sultán arrellanado en una otomana aspirando el opio, pensando en su harem y soñando un degüello general de enemigos.

Todos mis amigos fumadores convienen en que el cigarro es un gran antídoto contra el aburrimiento, un poderoso estímulo á la inventiva, un inspirador perpetuo en la poesía, un excelente hablador, un académico insigne, un profundo filósofo, un consumado político, un discreto moralista, un sabio filólogo, uno de los mas eficaces elementos de la asociación, un lazo recíproco entre los dos mundos, un símbolo de las humanas aspiraciones que concluyen todas como el cigarro, en la nada.

Fumadores de puros ó de papelillos, fumadores de la Habana ó de la Vuelta de Abajo, todos se vuelven lenguas para ponderar la importancia, la utilidad, la necesidad del cigarro, y el abogado fuma haciendo demandas, el periodista endilgando artículos, el poeta componiendo versos, el pintor dando guerra á los colores, y el menestral y el artesano descansan un momento de sus rudas faenas para echar un cigarrillo que les da hercúleas fuerzas con que emprender de nuevo su trabajo.

Es un gran recurso el cigarro: mas de cuatro conozco yo que con un veguero, han neutralizado el mal rato de un disgusto y han visto desaparecer su incomodidad en el humo que aspiraban y espiraban por boca y narices.

El lector, al llegar aquí, se preguntará, ¿y qué tiene que ver que los españoles sean valientes, sepan ó no hacer tiempo y echar un cigarro, y que el cigarro sea el consuelo de las aflicciones de muchos individuos bípedos é implumes y gran inspirador de poetas, elaborador de discursos, colaborador de periódicos, autor de muchos cuadros, con la novela que esperamos leer capítulo tras capítulo?

Es verdad, señor lector, es verdad, voy al caso, sin digresión alguna, sin ningun rodeo; voy á hablarle á usted de mí, de mi interesante persona, de este yo que se imprime, que da á luz sus aventuras eróticas para sacar algunos cuartos á guisa de fenómeno físico ó acrobático que se anuncia por las calles y plazuelas

con un tamboron, alrededor de cuyo redoble se va reuniendo la gente, empezando por los chicos del barrio, siguiendo por las doncellas y criadas, cestos al brazo, continuando por los ociosos y acabando por los vecinos que coronan los balcones.

Tiene usted veinticinco mil razones, y si alguna le falta yo se la doy tambien y de buen grado, que esto cuesta poco, y á mí, aunque no me sobra mucha con los acontecimientos de que soy héroe y víctima, la razón, por otra parte, nunca me ha faltado, que á faltarme, estaria ya como un habitante de la Casa de Fieras, como Don Quijote cuando volvió encantado á su aldea.

Quería decir que mi novia, yo tengo novia, ya lo saben ustedes, se habia ausentado de Madrid; habia tomado su familia el tren de las siete de la mañana, y me habia quedado yo, aunque de día y en Madrid, á la luna de Valencia.

¿Qué hacer en tan aflictiva situación? ¿Cómo remediar tamaña desgracia? ¿Cómo resignarme á un golpe tan rudo cual era mi porvenir, en vista de que no podía ver á mi adorada?

No me quedaba mas que un recurso que se muestra bajo dos fases distintas, ó *matar el tiempo*, ó fumar con la resignación de un otomano.

¡Ah! ¡el tabaco! el tabaco es el consuelo de los aburridos, por eso os he hecho su panegirico, por eso os he hablado de lo que es *echar un cigarro*.

Sin embargo, yo no podía emplear ese antídoto contra mi desesperación.

Habia para ello un pequeño inconveniente.

No fumo.

(Se continuará).

F. DE ZULUETA.

ALBUM POETICO.

En cumplimiento de lo ofrecido, insertamos la siguiente composición del libro *Notas graves y Notas agudas*, en que su joven autor describe con cuatro gráficas pinceladas varias escenas del ridículo ceremonial que se observa en algunas de las costumbres actuales.

LAS VISITAS.

I.

VISITA FRUSTRADA.

—¿Está el señor?
—No lo sé.
—Vaya usted á ver...
—Ya lo he visto.
Me ha dicho que no está en casa.
—¡Ya! ¿conque él mismo lo ha dicho?...
—No, señor; él no, es que... vamos...
—Dígale usted que he venido, cuando *vuelva*.
—Está muy bien.
—Que siento no haberle visto.
—Así lo haré.
—Y que mañana volveré.
—Bien.
—(¡Ya he cumplido!)

II.

VISITA DE ENCARGO.

En la puerta.

—La señora doña Rita de Cienfuegos y Valona, esposa que fue de un conde natural de Zaragoza, ¿no vive aquí?...
—Sí, señor.
¿Voy á avisar?...
—Sí, señora.
En el salon.
—Caballero...
—Beso á usted...
¿Usted será...
—Juan Cardona, que viene en este momento de la invicta Zaragoza, y que trae una visita de don Luis.
—¿Gil?
—Sí, señora.
—Agradezco la molestia...
—No es molestia, es una honra...
—¿Y cómo sigue Luisito?
—(¡Ahora se va á armar la gorda!... yo no conozco á este Luis; es un nombre que Carlota me ha dicho sin darme señas...)
Señora... bien... ¿cómo engorda!...
—¡Ah! pues eso le conviene.
—Pero... ¿y Carlota... la polla?
—Estará en el tocador.
—¿Carlota... ¡niña!
—(¿Qué broma!)

—Sal, que hay aquí un caballero que viene de Zaragoza.

—Voy, mamá.

—Dispense usted...

—¡No faltaba mas!

—Carlota...!

—Ya estoy aquí...

—Señorita...

—(¡Mi novio!)

—No seas tonta...

niña, ¿por qué no saludas?

—Beso á usted...

—(Está muy mona.)

—¿Ha visto usted qué crecida?

—Es toda una buena moza...

Ya me decia Luisito...

—Y diga usted, doña Rosa

¿se curó ya aquella herida?

—(¡Y quién será esa señora!)

La... herida...

—La de la pierna.

—(Estoy por dejarla coja.)

No... señora, todavía

va con muletas... Señora.

—¿Se va usted?

—Sí, si es que ustedes

no me mandan otra cosa;

tengo que hacer.

—Pues... don Juan,

esta casa está...

—Señora,

vendré á molestar á ustedes

algunas veces... Carlota,

estoy á los pies de usted.

(Ya entré en tu casa, pichona.)

III.

VISITA DE PÉSAME.

—¿Está usted mas consolada?...
—¡Ay!... ¡Cállese usted por Dios!... (una pausa de media hora: unos lloran, otros no; éste calla y mira al suelo, aquel habla á media voz.)
—Esto no tiene remedio; señora, resignación...
—¡Si no puedo acostumbrarme!
—¡Ay, mamá, tampoco yo! (Otra pausa; todos piensan en aquel que se murió... la hija se lamenta mucho porque no verá... á su amor en muchos días; la madre porque no ha tenido opción á la viudedad; el tío porque es un tío feroz que sacaba del difunto mucho partido... ¡qué horror! pero todos disimulan porque yo delante estoy...)
—Señora, pues ya su esposo de la presencia de Dios estará gozando ahora, cúdense usted por favor... que si no, va usted á seguirle si sigue tanto dolor...
—Era muy bueno mi Carlos.
—¡Si no digo yo que no!... Acompaña á ustedes todos en el sentimiento.
—¡Adios!!!

IV.

VISITA INTEMPESTIVA.

—Señora... ¡ay! usted dispense, está usted á medio vestir...
—No le hace, salgo al momento; esa muchacha es así, tan salvaje... (La señora se va al cuarto de dormir, cierra las puertas vidrieras, porque se ve por allí algo que ataca al olfato y que no huele á jazmin; se mete aprisa las medias, recoge la ropa, y se quita la papalina y la bata de dormir... se coge el pelo y se pone el vestido de organdí; apaga la lamparilla, cierra el balcon, y por fin sale de nuevo á la sala en donde está aquel dandy, tapando con su pañuelo los huecos de la nariz.)
—He tenido mucho gusto...
—Todo el gusto es para mí... (y tambien todo el olor...)
Anoche llegué á Madrid,

y tengo, señora, el tiempo muy tasado...

—Pues... en fin,

dígale usted á su papá

que no deje de venir...

—Hoy mismo le escribiré...

(que no vuelva por aquí.)

V.

VISITA DE CUMPLIDO.

—¡Ojalá que haya salido! ¿está en casa?

—Pase usted.

(Media horita de planton, y mirando á la pared, y á los cuadros, y á las sillas, y hasta el juego de café.)

—Caballero...

—¿Usted tan buena?

—Gracias; ¿y usted?

—Gracias, bien!

—¿Aquel caballero bueno?

—Sí, gracias...

(Pausa.)—¿Y usted

no ha vuelto á estar delicada?

—No, señor.

(Pausa otra vez.)

—¿Pero ha visto usted qué tiempo?

—¡Si esto es atroz, si esto es...!

—¡Tiene trazas de seguir!

—Eso seria cruel.

(Pausa.)—¿No va usted al teatro?

—Sí, señor, alguna vez.

¿Usted no va?

—Yo, muy poco...

la otra noche la ví á usted.

(Pausa larga.)—Yo celebro

haber tenido el placer

de ver á usted.

—Muchas gracias.

—Estoy á los pies de usted.

RICARDO SEPÚLVEDA.

TIPOS SOCIALES.

LA CONCIENCIA DEL SEXO.

Pocos son en el mundo los que tienen la conciencia de su edad, la conciencia de su posición social y la conciencia de su sexo.

Pero hablemos en términos menos absolutos, y en lugar de decir que son pocos los que tienen estas conciencias, digamos que son muchos los que de ellas carecen.

Tantos son, que resumen en sí la responsabilidad de casi todos los achaques sociales de que adolece el género humano. Se puede decir que, desde Plauto hasta nuestros días, son los tipos que se han ofrecido principalmente á la *pedestre musa* y á los pintores de costumbres para escitar su *vis cómica*.

¿Hay alguna ridiculez que mas se preste al lápiz de un caricaturista ingenioso que los viejos verdes y los mozos maduros, los ricos avarientos que se hacen el pobre y los pobres fachendosos que se hacen el rico, las mujeres varoniles y los hombres afeminados?

De todos esos tipos nos ocuparemos un día ú otro. Por hoy debemos limitarnos á llamar la atención sobre las mujeres que carecen de la conciencia de su sexo.

¿Quién, al ver á una mujer dedicada á las rudas faenas del campo ó á los profundos trabajos del espíritu, no huye azorado con la velocidad del anemodromo, gritando como un exorcista: *Fugite partes adversas*?

Una mujer que caza, que maneja la pistola ó el florete, que monta á caballo, aunque sea á mujeriegas, ó que tiene algunos respuntes de literata, no es mujer, es una apóstata de su sexo. Las literatas, sobre todo, inspiran á un tío nuestro tal antipatía y aversión que, tan hombre como es, suele decir á sus diez hijos que prefiere á que se casen con una literata que se casen con otro hombre. Es seguro que si tuviese el ingenio de M. Alfonso Karr, se le hubiera ocurrido decir, como al célebre novelista, que las mujeres literatas producen á la vez dos males, siendo uno de ellos el aumentar el número de libros y el otro el disminuir el número de mujeres.

Pero esas apreciaciones rebuscadas, que revelan el gracejo del que se las permite y no deben considerarse como hijas de una convicción íntima, son en nuestro concepto muy exageradas. Confesamos, no obstante, que aunque en la mano de una mujer está mejor una pluma que un látigo ó una azada, mejor está que una pluma, una sombrilla ó un abanico, y mejor aun una aguja ó la cuenta de la lavandera.

Los penosos ejercicios corporales é intelectuales desmujerizan á la mujer, la virilizan; adulteran y borran los atributos de su sexo, influyendo, no sólo en el

menoscabo de sus caracteres morales, sino que tambien en el de sus caracteres fisicos.

La mujer tiene obligacion de conservarse tan hermosa como pueda y de no acelerar su decrepitud y su ruina. Debe preservarse de la intemperie, para que el sol y el aire y las vicisitudes atmosféricas no curtan su cutis y la priven prematuramente de su característica delicadeza y tersura.

Ha de ser como esas plantas delicadas que á fuerza de asiduidad y cuidados florecen en los invernáculos.

Rousseau, tan admirador como era de la naturaleza y tan opuesto á todas las desigualdades artificiales y de pura convencion, preferia, tal vez por lo mismo, las señoras de las ciudades á las mujeres rústicas y campesinas.

Porque en realidad, está mas cerca de la naturaleza, y obedece mejor las prescripciones de ésta, la mujer que cuida mucho de su persona y se pone de veinte mil alfileres, que la que abandona sus atractivos á merced del azar y no los defiende de los continuos ataques de los agentes exteriores.

El primer deber de las mujeres, es ser hermosas, es decir, ser mujeres.

Que si en su cabeza se anticipa á la edad de las canas alguna cana, que si en su rostro se anticipa á la edad de las arrugas alguna arruga, procedan estas precocidades ó prodromos de la vejez del ejercicio de sus funciones de mujer, y no se puedan en manera alguna atribuir á haber usurpado las funciones de los hombres. Que envejezcan prematuramente por haber dado á luz muchas criaturas, y no por haber dado á luz muchos libros.

Una escritora célebre, que no habia gozado de las delicias de la maternidad, como sucede con frecuencia á las mujeres que se humanizan, *quæ homines factæ sunt*, preguntó un dia al primer Napoleon, esperando de él una respuesta que halagase su vanidad de literata, cuáles eran en su concepto las mujeres mas meritorias.

—Las que mas hijos echan al mundo,—contestó el emperador con desenfado.

La contestacion nos parecería magnífica, si en lugar de haberla dado el César francés, que deseaba sin duda que las mujeres pariesen muchos hijos para tener él mucha carne de cañon al servicio de sus cálculos ambiciosos, hubiese salido de la boca de uno de esos grandes iniciadores que sólo aspiran á la prosperidad de los pueblos á cuyo frente les ha colocado su genio ó su fortuna.

Dan un sentido epigramático á la respuesta del primer Napoleon las circunstancias que concurrían en la persona que le dirigió la pregunta, y que hemos ya manifestado. Era una escritora que no habia tenido nunca ocasion de practicar los deberes y virtudes de la maternidad, no sabemos si por haber vivido siempre en estado honesto, ó si por no haber Dios bendecido sus entrañas.

La respuesta de Napoleon prueba por lo menos que el gran conquistador simpatizaba poco con las literatas, lo que nada malo arguye contra ellas, pues es sabido que Napoleon no simpatizaba tampoco mucho que digamos con los literatos, á quienes comprendió en el anatema fulminado bajo el primer imperio contra los filósofos, motejados por él con el sobrenombre de *ideólogos*. En cambio, le gustaban los cómicos, sin duda porque él de cómico tenia mucho mas que de literato. *Similis similem querit*.

No podemos abstenernos de terciar en la cuestion y emitir nuestro parecer aunque nadie nos lo pida, y se nos tache por ende de entrometidos y oficiosos. Estamos en nuestro derecho. La mujer es la mitad del hombre, *dimidia pars hominis*, y de consiguiente, *quod mulierum est á nobis alienum non putamus*. Demostrado el derecho de consignar nuestra opinion, vamos á manifestarla sin tapujos.

Convenimos con el fundador de la dinastía Napoleónica en que la mujer mas meritoria es la que mas hijos tiene. La mision de la mujer es tener hijos, y esta mision, cuyo desempeño requiere sacrificios y actos de abnegacion de tal magnitud que no alcanza á medirlos la mente del hombre, porque el hombre es demasiado egoísta para comprender ciertos heroísmos, exige de la mujer que ponga de su parte cuanto pueda para sacar de su belleza todo el partido posible, dedicando todos sus afanes á su conservacion y aumento.

La afectacion de muchas jóvenes, aficionadas á em-

perifollarse con exceso, es no mas que la exageracion, ó la aberracion tal vez, de un instinto que es comun á todas ellas. Inconscientemente poseen todas este instinto de agradar, que se relaciona íntimamente con la vida de reproduccion perpetuadora de la especie.

Por eso cuando una mujer ha pasado ya de la edad crítica, cuando es ya vieja, cuando los años la han vuelto ya inútil para la vida de reproduccion, todos los esfuerzos que hace para reparar su belleza en decadencia la vuelven ridícula.

Por eso constituyen uno de los tipos mas grotescos las viejas presumidas y remilgadas.

La belleza en las mujeres tiene una razon de ser que desaparece con su facultad reproductora, y cuando esta facultad se agota al mismo tiempo que sus gracias, supérfluas ya faltando aquella, las debemos la consideracion á que se han hecho acreedoras por los grandes dolores á que se han sometido en el cumplimiento de su mision providencial, con tal que se resignen al abandono y perpétua abdicacion de unos atractivos que no deben ya existir luego que ha concluido la mision que los hacia necesarios.

Si el don de agradar sobreviviese en las mujeres á su poder reproductor, las viejas usurparian á las jóvenes atribuciones que sólo á éstas corresponden, y pocos siglos bastarian para borrar la especie humana de la faz de la tierra. Verdad es que con eso se perderia bien poca cosa. Todavía no hemos podido persuadirnos de que la humanidad sirva de algo.

El deseo de agradar es de tal manera instintivo en las jóvenes, que todas poseen, aunque á grados diferentes, cierto talento para satisfacerlo. Todas poseen un arte, que pudiéramos llamar arte de la naturaleza, porque es la naturaleza quien se lo da, con el cual añaden nuevos quilates á su beldad nativa.

Este arte es en ellas innato, como en las hormigas el que emplean para construir sus moradas, que son modelos de arquitectura, no obstante carecer sus hábiles constructoras de todo título académico.

Y este arte de embellecerse, para agradar mas, que poseen todas las jóvenes, se revela no sólo en sus trages y en sus adornos, sino en sus gestos, en sus palabras, en sus actitudes, en las modulaciones de su voz, en su continente, en su manera de andar, en su manera de estar sentadas, en sus alegrías y en sus tristezas, en sus risas y en sus llantos, en sus mimos y en sus desdenes, en todos los actos, hasta los mas insigni-



FILIPINAS.—EDUCANDA DE BEATERIO.

nificantes y vulgares de su existencia, dedicada toda entera á un sólo objeto.

¿Creen las literatas que su cualidad de literatas acrece los atractivos que tienen como mujeres? Lo creen sin duda alguna, pues los actos todos de las mujeres no tienden nunca á otro fin; pero se equivocan miserablemente. Si el cultivo de la literatura fuese un medio mas que tuviesen las mujeres para agradar á los hombres, todas las mujeres serian literatas. Nacerian todas literatas, como nacen todas mujeres.

No hay exageracion en lo que decimos; las paradojas no son de nuestro gusto. Cuanto la naturaleza ha podido dar á las mujeres en general para agradar, se lo ha dado. Les ha dado hasta el arte de hermosearse, el arte de realzar sus gracias para que parezcan mas bellas de lo que son realmente. ¿Y no habia de ser en la mujer congénita la literatura, si ésta pudiese servir de algo para volverla mas simpática, cuando lo único que la naturaleza ha querido hacer de la mujer es el ser simpática por excelencia?

Si el carácter de literata de una mujer constituyese un atractivo, las literatas, que son hoy la excepcion, serian la regla.

La naturaleza se opone á que las mujeres sean literatas, y la desobediencia de algunas de ellas procede de un error de cálculo. Si fuese posible encontrar dos mujeres hermosas perfectamente iguales, tan iguales como si fuesen dos copias exactas del mismo modelo, dos estatuas vaciadas en el mismo molde, los hombres en general escogerian indistintamente á cualquiera de las dos, aunque una de ellas cultivase las letras con un éxito prodigioso, y la otra no supiese mas que la materialidad de leer y escribir como leen y escriben las que han sido educadas en un colegio cualquiera. Nada da ni quita la literatura á la mujer, considerada en sus relaciones con el otro sexo.

En cuanto á nosotros particularmente, nunca en nuestra juventud nos hubiéramos enamorado de una mujer por sus producciones literarias, aunque éstas nos hubiesen encantado. Somos entusiastas admiradores de las obras de Stael, de Sand, de Stowe, pero ninguna de estas célebres escritoras nos inspira con sus libros ningun interés que no sea del género del que nos inspiraria un hombre que los hubiese compuesto.

Las mujeres, á nuestros ojos, no adquieren como mujeres ningun valor con ser escritoras. Respetamos su talento ó su genio como el de Carlos Dickens ó el de Víctor Hugo, ni mas, ni menos. No vemos á la mujer, no vemos mas que á la escritora, sin acordarnos siquiera de que tenga un sexo.

(Se continuará.)

A. RIBOT Y FONTSERÉ.



ADVERTENCIA.

Segun las condiciones fijadas en el prospecto de El Museo, con el presente número se remiten el tomo 2.º de la *Historia General de España* y el tomo 2.º del *Nuevo Viajero Universal*, á los señores suscritores que han optado por estas dos obras.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La menor edad en los propietarios, hace la fortuna de sus tutores.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ GASPARI.
IMPRESA DE GASPARI Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 1.